

## *El hombre fatal. La fatalidad humana.*

**Dr. Jorge Morales Barría<sup>1</sup>**

### **Introducción**

La Filosofía es una ciencia compleja. Haber iniciado su estudio tardíamente me ha obligado a tratar de aprender un poco compulsivamente. Mi forma de aprender es escribiendo. Con ello visualizo lo que he aprendido, sea ello muy mal, mal, o menos mal. Debo confesar entonces que escribo para aprender y compartir, no para publicar y menos para enseñar. En ocasiones soy vencido por el deseo de comunicar lo que creo haber aprendido y reflexionado. Esta es una de esas ocasiones.

### **Fatalidad y humanidad**

Las penosas experiencias sociales del siglo XX han sido examinadas y expuestas en sus detalles concretos de tal forma que son del dominio de la humanidad. Pero no han sido analizadas en sus raíces más profundas. El nacionalsocialismo, el comunismo y otras experiencias socio-políticas reales y prolongadas dejaron multitud de muertos y mostraron la cara más pavorosa de la especie humana, aun cuando en pleno periodo “experimental” tuvieron nutrida aprobación de los pueblos que los sostenían, y aunque hubo contradictores, nada pudo detener el avance del mal. ¿Por qué oculto motivo ello ocurrió así? Hechos similares han ocurrido en la misma parte del mundo y en otras latitudes desde que hay noticias respecto a la historia del hombre, como si el fratricida encuentro de Caín y Abel fuera natural al comportamiento humano, dando razón a quienes piensan que las Tablas de Moisés fue el primer desenmascaramiento de la

---

<sup>1</sup> Médico nefrólogo. Clínica las Condes

verdadera naturaleza e inclinaciones del ser humano que habría que prevenir, combatir y sancionar.

Pero el siglo XX no fue el último en mostrar atrocidades; ellas se ven en nuestros días a diario en África, Medio Oriente, América y el mundo entero. Todo ello ocurre no sólo en el nivel de países por enfrentamientos sociales y políticos, sino también a nivel local y familiar: crímenes, abusos, explotación, etc. Ni siquiera el llamado “progreso”, caracterizado por el desarrollo en las condiciones de bienestar de los pueblos es un contra aliciente al cuadro de antagonismo y violencia que lo humano vive cotidianamente. Basta ver o leer las noticias.

Sin embargo, el aspecto aparente del ser humano individual, de cada ser humano, suele ser de bondad, amistad, fraternidad, solidaridad. Se diría que en el día a día el ser humano expresa más valores positivos, y no aquellos rasgos de barbarie que lleva a eventos sociales como los que hemos aludido. Entonces, ¿Cómo se vive la doble mundanidad del ser humano? Su singularidad y su pluralidad, su aparentemente bien intencionada y condescendiente actitud personal, y su versión colectiva agresiva, dominante y totalitaria. ¿Es que habitan en el hombre dos eventuales almas una benigna y otra maligna, una escondida en la otra? Una más íntima, que asoma en el contacto personal, en la familia, en la soledad meditante, en la desgracia y en la enfermedad, y otra que aflora más en el anonimato de la multitud y en el beneficio y prerrogativas que da el poder incontrolado. ¿Será que estas dos “almas” están en cada uno? ¿O estando más en unos que en otros no hay comunicación adecuada que pueda mitigar las malas tendencias? ¿Cómo se conjugan estas realidades y de donde provienen?

### **Ellos son los malos**

Se puede constatar, en el auto examen de conciencia individual y también al ver las justificaciones y argumentaciones que se hacen en público, que el ser humano tiende a considerar que “ellos son los malos”, que “yo soy bueno y razonable”, que “lo que yo creo es lo justo”, que “los que creen parecido a mí son los buenos e inteligentes”. En suma, los malos, los incapaces, flojos y no inteligentes son los otros. ¿De dónde proviene esta convicción poderosa de que yo estoy en la verdad y los que piensan distinto están en error? ¿Cuál es la consistencia de un pensar que valida positiva y preferentemente la propia conducta, el propia pensar y actuar como correcto y justo? ¿No hace esto que los juicios de valor, lo que es bueno y lo que es malo, lo que es cierto y falso, dada esta variabilidad individual y subjetiva en su apreciación, lleven a una incredulidad absoluta, a un escepticismo total respecto de las verdaderas capacidades cognitivas del hombre?

En el pensamiento natural solemos recurrir al argumento del sentido común, del cual todos hablan, pero no se acierta a examinarlo con acuciosidad. Pareciera que cada uno tiene el sentido común que le permite afirmar que el suyo es el verdadero; algo así como “el sentido común soy yo”, lo que es creído con gran convicción. Así puede darse que dos personas discutan un tema al cual aplican el sentido común, y que del resultado de la disputa se concluya que los dos sentidos comunes, que aparecen opuestos, fueran

verdaderos, dado que uno y otro no son capaces de convencerse mutuamente; lo que bien pensado significaría más bien que ambos modos de pensar están errados y las convicciones son completamente subjetivas y equivocadas.

Si aceptamos como un hecho que las posibilidades de acuerdo completo en algunas áreas de la vida humana son nulas o casi nulas, que es lo que observamos a diario en el plano social y en relaciones humanas más acotadas, deberemos preguntarnos qué es lo que hay en común en lo que llamamos pensar humano, razón humana, conciencia humana, alma humana, ser humano. Entonces, ¿cuál es el origen de la idea tan acogida por nuestra conciencia del “sentido común” que aparece más como un recurso argumentativo que una realidad en sí?

Kant explica que el sentido común tiene que ver con el entendimiento puro, o sea con unidades puras (no aprendidas ni fruto de la experiencia) de posible unión en la forma de juicios que dan origen a una multiplicidad de conceptos puros. El entendimiento tiene la facultad de subsumir bajo reglas *a priori* si es que determinados conceptos o cosas entran o no bajo una regla dada; cuando ello ocurre se produce una síntesis de contenidos temáticos y objetivos con lógica y coherencia en cada conciencia, que a su vez son aportados a la intuición actual. El conjunto de juicios originados es el llamado sentido común; Kant agrega que “la falta de juicio es la estupidez, defecto sin remedio” (1), con lo cual quedaría despejado el camino de la interpretación de porqué es imposible el llegar a plenos acuerdos entre las personas.

### **Conócete a ti mismo**

Dada la falibilidad de la apreciación justa y equilibrada del pensar de los demás, o de cualquier otro distinto a mí, debería yo mismo empezar a reflexionar en la justeza y validez de mi propio pensar, en cómo se ha construido en el paso del tiempo, cuales son los antecedentes que lo han ido formando, que lecturas o informaciones he ido recogiendo, cuales personas han influido en mí en un sentido positivo de adhesión o en un sentido negativo de repulsión. También, en alguna medida podría yo preguntar a otro como ha llegado él a tal o cual convicción, dejándolo expplayarse espontáneamente para ir poco a poco reconociendo las influencias, los datos culturales, la vida de la niñez, las observaciones de la vida diaria, en fin, cualquier detalle que puede traducirse en datos objetivos o emocionales que han sido luego incorporados a la conciencia pasiva o activamente de aquel otro que estoy interesadamente cuestionando. Quizá, también esa persona habrá sacado conclusiones propias echando a andar su propia imaginación o a lo mejor de pronto descubre que pasivamente su conciencia se iluminó con una idea propia, aparentemente no recibida de nadie de su entorno, siempre considerando que una idea propia no es necesariamente una idea única ni original.

Así, por ejemplo, cuando uno escucha o lee una opinión en diarios o revistas debiera preocuparse del pie de firma para saber quién es el autor de lo que escucha o lee, para luego entender por qué tal persona expresa determinada posición en relación con lo cultural, la política o la religión; así sabrá porqué fundamenta con tales o cuales razones sus dichos, y como contrastarlas con las propias. El periodismo neutral que sólo

expone hechos dejando al lector sacar sus propias conclusiones no es común en nuestros tiempos, pero conociendo la biografía del autor se podrá colegir y reconocer que las ideas del escritor que a veces simulan imparcialidad están hechas para convencer, atraer y eventualmente reclutar adeptos a sus propias formas de ver la vida para quienes dócilmente creen todo lo que leen como verdades absolutas, sólo por estar impresas.

En suma, debemos convencernos de que la subjetividad predomina en el campo de las ideas, de las acciones y de los comportamientos naturales. La subjetividad, por ahora sólo referida a lo cognitivo y no a lo afectivo, puede ser entendida de dos maneras: una manera psicológica que alude al dato de primera mano que es el pensar que tiene cada uno en el secreto de su conciencia y del cual nadie puede conocer íntegramente sin el consentimiento propio, subjetividad que tiene contenidos comunes como son los sociales, culturales, científicos, propios de la época y del lugar, y otros contenidos no compartidos tan genéricamente como pueden ser los familiares y personales. Pero también la subjetividad puede ser entendida como todo el sistema a priori y adquirido que constituye propiamente la conciencia en general de todos los sujetos humanos de cualquier periodo de la historia, de ambos géneros, de cualquier raza, independiente de los contenidos específicos de cada conciencia. Estos contenidos son básicos para la comunicación, como por ejemplo que usted y yo estamos ciertos de tener conciencia comprensiva, por lo que yo al escribir y Ud. al leer lo que he escrito se establecerá un ámbito comprensivo. Se trata de examinar esa conciencia, la que produce el instante “comprensivo” de lo que yo he puesto en palabras de mi pensar, y de Ud., que lee comprensivamente, todo eso a partir de otro aspecto de la conciencia que previamente mostró que yo podía pensar y escribir.

Está en la tarea de conocerse a sí mismo, investigar qué es y cómo se manifiesta la conciencia y la manera privilegiada de hacerlo el examinar primero la propia conciencia. La psicología apunta a reconocer los actos y mecanismos explícitos de la conciencia natural, la del día a día, la de la biografía personal y social. La psicología trata de eventos explícitos de la vida natural y de la ciencia natural (observables desde afuera o comunicados por el sujeto que los experimenta), como es el estudio de las sensaciones, los afectos, la racionalidad, la lógica natural, pensamientos, estructuras de las vivencias concretas, etc. y síntomas de estados de enfermedad que muestran patente y patéticamente ese mundo: angustia, depresión, delirio, fobias, etc. cuyos mecanismos siguen al menos aparentemente leyes de causalidad o motivación que pueden ser examinados “científicamente” por ciencias naturales generando cuantificaciones, hipótesis y teorías. En psicología y psiquiatría, y por la vía de la inducción o teorización, se pueden hacer relativamente comprensibles relaciones afectivas, causales o motivacionales, no observables en actos de intuición directos. Es obvio también que la psicología se justifica como ciencia independiente, dado que lo psíquico pertenece a la férrea unidad mente y cuerpo tal como se presenta en la experiencia natural y en las ciencias derivadas de esa experiencia, donde lo puramente mental se somatiza y lo que se inició como puramente corporal se psicologiza, campo que la filosofía puede enfrentar sólo desde reflexiones teóricas, generales y abstractas.

En cambio, la filosofía se ocupa de mecanismos implícitos del conocer en general, por ejemplo, las relaciones del hombre con el mundo, la relación cognitiva del individuo en su aprehensión del mundo, la lógica pura, el origen de las ideas abstractas y de las ciencias abstractas (geometría, matemáticas), que la conciencia forja y comparte en comunidad, etc. La filosofía y específicamente la epistemología, se propone examinar la conciencia, no desde la perspectiva del análisis de la biografía subjetiva, de las relaciones interpersonales, de los afectos, de los rendimientos cognitivos, etc., sino de una forma por la cual el “conócete a ti mismo” comience como un “conócete a ti mismo como humano”, o sea, no como este particular ser humano que soy, sino un conocer y comprender la cognición misma como evento primordial iluminando todo el ser humano. Desde Descartes la reflexión filosófica, partiendo por el auto examen de la propia conciencia individual en posición filosofante, ha sido un fructífero camino. Con una metodología reflexiva crítica y científica avanzaremos no solamente a una comprensión propia del sí mismo, sino también a una comprensión real del otro, de todos los otros humanos y de la sociedad en la que involuntariamente nos tocó nacer y a veces involuntariamente nos toca vivir, pudiendo sacar algunas conclusiones del comportamiento humano en general y de la mentada fatalidad humana para entender mejor el pasado, el presente y el futuro de la humanidad.

En esta meditación hemos entendido fatalidad humana no a una condición negativa y penosa de la existencia humana como tal, sino a la situación de inescapabilidad en que se encuentra el ser humano en su ser “arrojado en el mundo” (2), y en su estar condicionado por su modo de conocer y su estado simultáneo de ser singular y plural.

### **El camino**

El ser humano tiene un cuerpo que es evidentemente, en una primera intuición, propio de suyo, y se percata de la existencia de otros humanos, porque ellos también muestran un cuerpo análogo al suyo que se conecta y comunica con él. Si hablo de conexión y comunicación es porque reconozco que ese cuerpo de otro no soy yo mismo, lo percibo como algo separado de mí, no sólo corporalmente sino también mentalmente: no sé qué piensa ni que quiere, pero intuyo que como yo, piensa y quiere, lo que finalmente ocurre cuando se comunica conmigo verbal y gestualmente. Yo sé que yo pienso, pero inicialmente no tengo certeza que “eso o ese” otro piense como yo. “Eso otro” es más que algo, es otro igual a mí. ¿Igual a mí? Sí, igual a mí en cuanto no es una cosa inanimada ni un animal con los cuales no puedo establecer la comunicación, pero clara y distintamente él no es yo. Tan sólo verlo y comunicarme con él hace evidente que él no es yo, intuyo que por más que me comunique con él nunca podré contarle todo lo que hay en mí y viceversa. Siempre habrá un enorme residuo, en mí y en él, que no es transferible, además que nunca podremos disipar la corporalidad que impide que yo esté en su lugar y él en el mío. Yo soy un aquí y él es un ahí para mí, y viceversa.

Si continuo en un modo de reflexión espontánea y natural me percato que en realidad yo soy “único” en muchos sentidos: desde luego este cuerpo lo experimento

como único, distinto a los demás, en el que nadie está o podrá estar como yo en este aquí mismo y ahora mismo, espacio y tiempo absolutamente propios por todo el tiempo que viva, es el cuerpo que puedo dirigir a voluntad. Eso me hace pensar que lo que yo veo y como lo veo, lo que yo siento y como lo siento no lo puede experimentar ningún otro ser humano jamás exactamente de la misma manera. Nadie podrá arrancarme la absoluta originalidad de mi ser en el mundo: percibo que soy un ser original cien por ciento. Eso me da cierta autoridad como también, y por analogía, me percato que le da igual autoridad a todos los “otros” que están en la misma condición. Si esto es así, y parece que es evidente que es así, la respetabilidad de las visiones individuales debiera ser un elemento primordial de la co existencia humana, incluso en la discrepancia y en el antagonismo del ejercicio de estar en el mundo común. Porque el mundo en común es otra situación dada desde la primera experiencia de otro, que uno comprende de inmediato al co existir con otro y otros. Mi originalidad se da en un mundo común en el que cohabitan todas las otras originalidades individuales, y la cual cada sujeto puede llamar con cierta propiedad “mi mundo” para hacer distinguir que tengo una posición original en él y nuestro mundo para confirmar que no estoy solo sino con otros. Este mi mundo es el acotado mundo físico y mental que es parte de mi día a día, que cursa en mi conciencia con un pasado remoto y próximo que puedo traer a la conciencia presente sea como recuerdo remoto o como el momento que recién pasó, y un futuro inmediato y mediato que se presentan a la conciencia como lo que voy a hacer ya y lo que voy a hacer como presentimiento anticipatorio o proyecto de mediano o largo plazo, todo lo cual lleva hacia delante mi vida de mundo sin desnudez existencial.

Querámoslo o no estamos enmarcados en esta inescapable modalidad de ser en el mundo; ésta es una forma de fatalidad en el sentido de que no podemos ser menos y tampoco ser más, a no ser que...

### **La conciencia, el alma, lo no psíquico de la mente.**

Un esfuerzo reflexivo mayor efectuando un auto examen de la propia conciencia en su curso actual puede mostrar aspectos no detectados en la vida diaria ni en ciencias naturales. Siguiendo lecciones de Husserl (3) se trata de profundizar la mera contemplación de la propia conciencia mediante una auto reflexión profunda y exigente por la cual, activa y progresivamente, vamos tomando nota y limpiando los contenidos fácticos prácticos y teóricos de la conciencia (pre-juicios), hasta obtener una forma de mostración pura de experiencia, tal cual se da en ese aquí y ahora del “momento”, llamada conciencia trascendental para distinguirla de la conciencia descrita en las ciencias naturales. Se trata de desarropar, transitoriamente, en un ejercicio filosófico que pone entre paréntesis las tesis de verdad de ser o no ser del mundo y de mi yo mismo como hombre fáctico, a los contenidos de conciencia en lo que se relaciona con todos los juicios previos que la vida real le ha proporcionado como son los contenidos culturales, las descripciones psicológicas, interpretaciones de su relación con el mundo exterior, su función como de almacenamiento o de *tábula rasa*, una existencia física (*res cogitans*), temporalidad mundana, abstracciones geométricas y matemáticas,

definición de hombre como animal racional, conceptualizar la conciencia como alma, espíritu, etc. Por efecto de esta reducción radical o *epojé* se muestra, en cada actualidad del ejercicio intuitivo que estamos describiendo, que la conciencia es siempre conciencia de algo, peculiar modo de abrirse al mundo llamado intencionalidad; en otras palabras no hay conciencia de “nada” y no hay conciencia sin “modos” intencionales, los que se exponen con claridad al contemplar desprejuiciadamente el proceso de aprehender las cosas del mundo y el mundo como tal (el mundo ahí, lo veo, lo tengo, en algún sentido me es dado). En esta reflexión se observa que la llamatividad de la cosa que aparece es una con la intencionalidad de la conciencia que no solamente es atraída por la cosa, tema, situación o idea (en alguna forma “seducida” (4)), sino que en ese mismo gesto acoge la cosa con donación de significado y sentido recogidos de experiencias previas que fueron constituidas con originales significados y sentido: este proceso se define como a priori de una correlación de nuevo nivel, y fenómeno en sí, lo único apodóticamente válido que brota de la reflexión “*epojé*” (3). En palabras de Husserl “el objeto en la conciencia, en su identidad consigo mismo durante el vivenciar fluyente no viene a la conciencia desde afuera, sino yace implicado en ella como sentido, esto es, como efectuación intencional de la síntesis de la conciencia”. El fenómeno de conciencia tal cual es ahora reconocido completa y dignifica el mero acto perceptivo sensorial haciéndolo significativo y con sentido no solamente en relación con la cosa, tema o situación propiamente censados, sino que pone todo el momento experimentado en un contexto abarcador intencional de todo tipo: temporal, espacial, histórico, proyectivo, afectivo, coherente, horizonte de mundo, etc. lo que ocurre a la manera de vaivén o marea moviéndose desde lo apareciéndose a lo como aparece, y viceversa. Es una experiencia/vivencia abstracta (*erlebnis*) fluyente que puede ser descrita como un trinomio *ego-cogitatio-cogitatum*, mención en la cual confluyen en unidad el <yo (anónimamente presente)>-<la experiencia como es vivenciada intencionalmente>-<la cosa/tema/situación/idea, en su aparecer>. Es conciencia trascendental, no en cuanto lo que era trascendente en el concepto tradicional de una conciencia interior cerrada versus los datos exteriores, sino más cercano al pensamiento de Kant: “Llamo trascendental todo conocimiento que en general se ocupe, no de los objetos, sino de la manera que tenemos de conocerlos, en tanto que sea posible *a priori*”(1) que presentaba un binomio pensamiento e intuición, lo que ahora se muestra incluido funcionalmente en el trinomio inextricable de la correlación, *ego-cogitatio-cogitatum*. Las tres piezas del fenómeno tal como asoma en la experiencia no se pueden separar sin quebrantar la verdadera situación de conocimiento del ser humano en el mundo.

La vida de cada cual va atesorando experiencias significativas que se van constituyendo en la conciencia trascendental unificándose inmediatamente en un *cogitatum* universal merced a la conciencia del tiempo inmanente en un horizonte “que todo lo abarca”. Pero este aspecto amerita una reflexión introspectiva especial.

### Los conceptos del tiempo en la conciencia

En la interpretación de las profundidades de la conciencia y de la razón se ha asignado al tiempo un papel crítico para fundamentar lo *a priori*, las categorías del juicio, los fenómenos trascendentales, la síntesis integrativa, la unidad de la conciencia, la posibilidad interna del conocimiento ontológico, la correlación noema y noesis, y el sentido del ser en general y del ser humano en particular. Pareciera que el tiempo es lo inescapable, lo único abarcante de cuerpo y alma, soma y conciencia, naturaleza real e imaginaria, ser y no ser. La noción más simple de espacio se ubica sólo en el cuerpo humano y en la naturaleza, pero no en el alma. Particularmente, las nociones de espacio y tiempo parecieran ser inicialmente directamente intuitivas y no deducidas de experiencias como ocurre con conceptos empíricos. Son pura esencia conceptual, sin embargo, están ahí siendo parte implícita en todo.

¿Por qué el Tiempo, o la temporalidad, podrían ser el lugar común único no sólo de la naturaleza y el alma sino también de abstracciones puras como son los conceptos de presente-pasado-futuro, espacio, idealidades, categorías o reglas, o matemáticas, etc.? ¿Cuál es la ponderación que se puede hacer del tiempo en su relación con el fenómeno acaeciendo en la conciencia observada bajo la lupa de la *epoché* y que ha sido denominado trinomio de correlación?

Si pensáramos la temporalidad de la conciencia como distinta del tiempo secuencial de la naturaleza y del propio flujo de vivencias (psiquis) podríamos llegar a algunas convicciones más claras y distintas. ¡Y es distinta! La temporalidad aplicada exclusivamente a la conciencia trascendental no es exclusivamente secuencial, es particular y originalmente de duración “estática” (como la nota sostenida en el piano), es múltiple, simultánea (no flujo lineal que es una abstracción “esquemática” del tiempo), que suma temporalidades, es circular, incluso retrocede y da saltos adelante. El ser temporal de esta conciencia son sus contenidos los que están en estado pre o proto, a la vez estáticos y fluyentes, plásticos, condicionados al cambio, a la síntesis, escapan al principio de contradicción, están proclives a la desaparición o a la infinitud dentro de la finitud. El ánimo o fuerza de esta temporalidad “trascendental lo da su interacción (en realidad vienen a ser una sola) con el vivenciar natural en su flujo lineal y su apertura a la cotidianidad asociada al tiempo natural”. Algo de esto anunció Husserl al hablar de vivencias inmanentes en un tiempo o temporalidad inmanente como estructura principal y fundamento en la constitución trascendental de la conciencia objetiva (3).

¿Dónde podemos atisbar la temporalidad en esta versión “fenomenológicamente realista”? En los sueños, en los delirios, en el arte, en las situaciones límites, en la inasibilidad de la conciencia examinada desde el tiempo natural. En Julio Verne, Franz Kafka, Einstein, Platón, Picasso, Gandhi, Jesucristo, Buda, Marcel Proust (“En busca del tiempo perdido”), Nicanor Parra, Ionesco, o sea en sujetos límites con producciones límites que exhiben abiertamente la conciencia temporal trascendental.

La temporalidad descrita no es heterogénea a la conciencia; al contrario, le es útil y homogénea en cuanto posibilita la trascendencia al hacer posible en cada individuo una apercepción plástica, abarcadora, comprensiva, abierta a innúmeras posibilidades, sintética, imaginativa, creadora, espontánea, en suma trascendental,



conjugando sin pausa el tiempo, natural y naturalmente concebido, con la temporalidad de la conciencia trascendental, que es atemporal si se siguen presupuestos naturales. Es ésta temporalidad la que habilita a la conciencia para el *a priori* del tiempo como concepto natural.

Las experiencias significativas y sucesivas se constituyen en la conciencia generando lo que llamamos “costumbre” y “hábito”, y apoyadas en la reflexión natural, se pueden confirmar, corroborar, corregir (parcial o globalmente), anular, etc. Una observación genética muestra que lo que se constituye temporalmente primero, como cosa/situación/tema/idea, es aquello que en el primer encuentro temporal, cualitativamente intenso, impresionó la subjetividad llamativamente y/o afectivamente, dejando “impresa” (5) la cosa/situación/tema/idea en forma indeleble, lo que puede ocurrir desde el nacimiento o sea antes de que reconozcamos un estado de conciencia natural en el desarrollo humano. Esta “impresión” puede provenir de sensaciones o de reflexiones (ideas propias o ajenas), lo que podría interpretarse como un anticipo de la constitución de conciencia como la descrita siglos más tarde en la conciencia trascendental (3); ella está directamente relacionada y son el presupuesto cognitivo de las ideas tal como se muestran en el vivenciar actual, aunque con menor “intensidad” de presentación que la versión original estampada. Las ideas, que se corresponden estrictamente con lo constituido, acompañan a nuevas intuiciones, raciocinios, explicaciones, comprensiones, disposición estética o ética, siendo componente de los actos cognitivos y vienen a él, juntando presente y pasado.

### **La idea de la objetividad en su versión natural y trascendental**

El sujeto en su vida diaria está sustraído por el mundo, no solamente el mundo físico, sino también el mundo psicológico, el mundo científico y técnico, sin percatarse de los eventos profundos de conciencia en su relación con el mundo y consigo mismo. Parte primordial de la comprensión filosófica de éste *a priori* de relación conciencia-mundo, consiste en captar que la conciencia puede validar como existente real tan sólo lo que se experimenta inequívocamente como fenómeno de la conciencia, de tal forma que la conciencia es sus contenidos constituidos, relacionándose con el mundo hacia el cual es abierta y sometida a sus llamatividades con significado y sentido. Esta es una subjetividad trascendental sólida, “*non-stop*”, constituyéndose en el curso de la vida humana hasta su muerte. El mundo pre-dado, en estas condiciones tiene un significado óntico y ontológico, en el sentido que se origina con singularidad en cada individuo, pero tiene aquella genética y estructura universal de ser constituido como general y abstracto por ser esencialmente mundo con otros; se llega a la “estructura” subjetiva por la experiencia en la vida pre-científica, dígame la vida diaria, por experiencia inmediata de un mundo-ya-ahí-aquí en una conciencia hábil en buscar y dar significado y sentido. Es ni más ni menos la conformación del mundo particular, válido para la experiencia individual que sólo puede ser reconocido por una inspección reflexiva retro subjetiva profunda posterior a la *epojé*, la cual está inexorablemente atada a la experiencia y validez del otro y los otros.

La validez de mundo está dada por esa reflexión que hace lo que era meramente objetivo en la intuición directa es ahora comprensible, y accede al último significado óntico del mundo intuido. Existe la posibilidad que esta comprensión subjetiva del ser del mundo pre-dado-ingenuamente luego se racionalice y objetivice.

Los órganos de los sentidos reciben señales y transmiten señales, pero ellas en sí mismas carecen de significado y sentido. En otras palabras, lo que hemos entendido por mundo objetivo externo es nada en ausencia de una conciencia intencionalmente dirigida a él. La hormiga, en su deambular, también recibe señales sensoriales, pero sólo reflejamente (no interpretativamente), adopta conductas acorde con dichas señales. La conciencia trascendental, aunque no se percate en el modo de vivenciar natural, no puede no interpretar, no significar, no dar sentido, no comprender. Interpretar, significar, dar sentido, comprender van de suyo en todo acto de conocer por primario que sea. Debe aclararse que, obligadamente también, nunca la interpretación, significación, sentido y comprensión van a ser completas y terminales; en parte porque la vivencia en acto es un continuo, es un proceso plagado de opciones, llamatividades, atracciones, desafíos, etc. y en parte porque la vivencia cognoscente a-percibe incompletudes a verificar y llenar, curiosidades, temas de exploración, aspectos que sería interesante u obligatorio investigar. El solo hecho de constatar que la percepción es superada y amplificada por a-percepciones muestra que la mera intuición sensorial es una parte importante pero ínfima en el proceso real de conocer, y que la curiosidad y el hábito investigativo están en el centro del quehacer cognitivo humano. De aquí parte y se construye lo que llamamos civilización y progreso: de la a-presentación objetual y a-percepción a lo que se suma la función imaginativa creativa.

Puede uno preguntarse por qué y cómo yo no intuyo directamente el fenómeno de la conciencia cognitiva trascendental pero sí intuyo el mundo y las cosas (incluida mi propia conciencia) como reales, objetivas, y en los dos primeros casos como externas. ¿Es acaso posible que la eyección de la vida y conciencia naturales en forma de caída en lo cotidiano (2), y la atracción, seducción, llamatividad y uso, que a su vez hace posible la vida de mundo con su “objetividad palpable”, me mantenga alejado de la percepción directa (intuición) del fenómeno de conciencia postulado en el *a priori* de la correlación?

Acaso, ¿no se trata de que la intuición directa de que “veo”, de que “siento”, de un experimentar al modo de “impresión”, etc. está también subsumida en el simple estar seducido en el mundo, un poco como las hormigas? O sea, no me percato ni del ver (lo que es obvio, cuando veo no siento que veo, ni sé “como” veo, sólo veo y veo cosas, no asisto al proceso de ver); y así también no me percato en evidencia intuitiva directa de que real y verdaderamente “veo con sentido”. Entonces no sería tan extraño no percatarme de la realidad objetiva del fenómeno que aúna intuición y sentido al cual puedo llegar solamente por inducciones o inferencias indirectas o niveles de reflexión muy reductivos. Sería entonces un problema de las posibilidades de mostrarse de la conciencia desde modos absolutamente a-reflexivos hasta un modo reflexivo y reductivo extremo como se puede observar en la siguiente graduación:

1.- Simple estar en el mundo, como las hormigas, “caído” o “seducido” en el hacer.

2.- Percatarse del estar en el mundo, vagamente, como se produce cuando estoy solo, antes de dormir, en un viaje largo, en la monotonía y el aburrimiento.

3.- Mediante una reflexión natural el mostrarse a la conciencia de que en todo momento tengo intuiciones, como por ejemplo “ver” lo que estoy viendo, de lo que no me percató por estar sumido en el ver mismo; o porque se alumbran cosas delante de mí, se muestran, aparecen refulgentes, impresionan fuertemente, son novedosas o amenazantes. También se puede dar un dudar de la verdad y realidad de todo lo anterior.

4.- Superación del nivel relativamente estático del trinomio de correlación en un último y definitivo esfuerzo reflexivo para contemplar el mostrarse a la conciencia reflexiva del estrato más oculto e inaparente de sí mismo que es la conciencia trascendental. La meditación se hace partiendo de la base de que la conciencia, en un sentido filosófico, no es nada en sí, no es un objeto, no es una “res extensa”, no es un órgano, ni un receptáculo ni una *tábula rasa*; sino es sus constituciones y sus acciones. Ella se vislumbra objetivamente en la experiencia evidente del aparecer de las cosas (en el horizonte de “mundo externo e interno”) conjuntamente con el “aparecer significativo y con sentido” de las cosas que trae a presencia la conciencia (muy evidente gnoseológicamente en el horizonte del yo mismo) y la revela a ella misma dando significado y autosignificándose en el fenómeno del aparecer, que es lo único realmente “aparecido”, aunque fortuito, en sí mismo no constituyente, fugaz, estrictamente mío. Este trinomio de “apareceres” es: mundo alumbrado, conciencia-de-mundo alumbrada y conciencia pura en la experiencia trascendental. La experiencia pura viene a mostrarse en la residual e inmanente alerta que no desaparece aun cuando el mundo sea imaginativamente “apagado” (mediante variación imaginaria), conformándose el evento que permite la intuición, ahora sí directamente, de la experiencia trascendental.

5.- “Experiencia” en lenguaje trascendental es el fenómeno que ofrece el trinomio de los “apareceres” tal como se constituye originalmente, luego derivado al yo-conciencia empírico subjetivo, cuando se aparece para mí con significado y sentido, más bien dicho con múltiples significados y sentidos a la vez en la temporalidad propia, cuya genética está en el primero de esos apareceres trascendentales.

6.- Toda experiencia de “apareceres” se constituye en la conciencia originariamente como objetiva en el sentido metafísico. Dicho simplemente: el trinomio se ofrece de suyo como una unidad evidente, una unidad obvia, una

unidad actuando en todo momento: con un poco más de aparecer yoico, con un poco más de aparecer no-yoico, o con un poco más de aparecer de la conciencia en experiencia, todo ello en unidad, siendo claro, distinto, representable teóricamente, analizable, apropiable desde sí mismo, o sea lo que decimos, sentimos y decimos como "objetivo". Lo que el fenómeno de la experiencia constituye como objetivo queda como tal en la conciencia trascendental, ahora al arbitrio y juego de la temporalidad, en la cual todo es inmanente, hasta que deja de serlo.

7.- Se puede especular respecto al verdadero ser de la experiencia así formulada. Se puede argumentar que la experiencia trascendental se percibe como continuamente siendo o incluso pre-siendo o pre-existiendo o proyecto, nunca determinada o finitamente acotada (3), lo que de suyo el trinomio es. El problema surge por la diferente comprensión que ofrece el pensamiento natural y el pensamiento trascendental respecto lo existente. El pensamiento natural responde a una constitución práctica de la conciencia que constituye como existente a los *cogitata/cogitatum* cuando son intencionalmente segregados en una primera rústica actitud de la conciencia, que es necesaria para la vida de mundo, la vida natural, la vida científica, cultural, etc. Lo que muestra la experiencia de los apareceres es que tales cánones naturales no les pueden ser aplicados a la conciencia trascendental, simplemente. Se trata de una conciencia en la cual lo en sí es inexistente real, un no ser todavía, un inestable existencial acerca del cual se aplica la reflexión trascendental (4). Esta inestabilidad aplica en gran medida a las esencias trascendentales en continuo proceso constituyente. Ese primer aparecer asociado a significado puede provenir de la propia imaginación o de intuiciones perceptivas directas o del aprendizaje por enseñanza de otro, puede ser verdad o error, y es modificable o no en sucesivas experiencias trascendentales. El aparecer, debe quedar claro, no es la cosa en sí sino la cosa en sí constituida en el trinomio de la experiencia alumbrada de significaciones y sentidos. La cosa en sí estuvo escondida hasta el momento de la primera constitución y significación de cada conciencia individual, que es el mundo donde las significaciones son infinitas, universales. Cada "algo" se ilumina significativamente en cada subjetividad con matices: el cielo de la conciencia es estrellado de distintos apareceres, pero es un solo cielo.

Esta constitución se diferencia claramente de la memoria o recuerdo natural en el sentido que es de presencia permanente, de desenvolvimiento actual instantáneo, involucrada directamente con la acción de la conciencia natural, a la mano en la entrega de significado y sentido, por ende, abstracta e intersubjetiva, plenamente ligada a la vida natural.

La conciencia, per se o instada por el yo, está permanentemente determinando si permanece en un yo empírico efectuando la vida de mundo, constituyendo vida natural, vida científica, vida artística, vida cultural, propia vida psíquica y afectiva, creando su propia manera de ver las cosas; o intermitentemente se

vuelve un observador radical de sí misma una especie de alter ego capaz de descubrir el en sí del yo empírico, enjuiciando trascendentalmente su propio sentido común y la forma como éste se constituye en cada uno. Este auto enjuiciamiento, bien llevado, es crítico para poder asumir la comprensión del otro, aunque sea con la deconstrucción de muy queridas constituciones propias, pero esto es solamente posible después de acogerse a una *epojé* radical y dolorosa.

### **El modo yo-empírico constituyente de la conciencia trascendental**

El yo empírico, acosado por la vida natural en el mundo, constituye en lo que puede describirse como proceso de apropiación, dejando como ajeno lo que no le interesa o lo que no está a su alcance; capitaliza las experiencias valiosas para su condición empírica que va auto-creando, acrecienta su stock y repertorio, es egoísta en el sentido de que tiene ganas de tener, tiene ganas de propiedad y de reconocimiento. La conciencia trascendental hace la distinción entre la aparición neta de lo inanimado y la aparición de lo animado animal versus lo animado humano. Son apareceres sustantivamente objetivos los tres, en cuanto la objetividad está dada por la pureza del aparecer del fenómeno como trinomio en los tres casos. Sin embargo para el aparecer humano (que es el otro, los otros, la familia constituida como unidad, la sociedad, el país, el mundo en cualquier forma de presentación unitaria, etc.) la objetividad fenoménica se da como un aparecer que se constituye en un modo incompleto, incierto, extraño, imponderable, fácticamente inapropiable del todo, apropiable en parcialidades comprensivas profundas y abstractas, con significados y sentidos, que aunque dispersos, comprometen empáticamente al propio yo constituyente. La intersubjetividad o co-subjetividad, la socialización del sujeto en cualquiera de sus formas conllevan una condición extraña para el ego constituyente, de incertidumbre, solidaridad, amenaza y complicidad, análoga a la de la propia conciencia, que cuando se auto examina se sabe asolada por modos contrapuestos de estabilidad e inestabilidad, seguridad e inseguridad, unicidad y alteridad.

### **El modo yo-observador y fenomenologizante de la conciencia trascendental**

El yo observador es el yo propiamente reflexivo de más alto nivel; no constituye desde los elementos sino hace objetivo el auto examen reflexivo abriendo el nivel trascendental por primera vez, sacando a la luz lo escondido, primero de la anónima conciencia en su forma de constituir mundo, que es siendo olvidada por la actitud natural; y segundo, de sí mismo como tal yo-observador neutral cuya inspiración reside en la inquietud fenomenológica que pregunta, sin cesar, por el sentido del ser teniendo a la mano el propio ser básicamente (dígase filosóficamente) incomprendido. De allí los títulos de yo-observador y fenomenologizante de este “funcionario” de la conciencia trascendental.

Se trata de una instancia que conduce a un nuevo despertar desde la única estructura de conciencia capaz de reflexionar en aguas profundas, reducirse y regresar comprensivamente (3). Es este modo de yo-observador, el único capacitado desde su posición para asumir actitudes como poner en cuestión reductivamente desde las más manidas y aceptadas “verdades” naturales hasta el concepto de humanidad de lo humano como nos ha sido dado, para asumirse como conciencia trascendental, en la tarea de clarificar el mundo y el ser del hombre. El trabajo del yo-observador algo a destiempo del flujo trascendental de experiencia del yo-constituyente (e independiente respecto al flujo actual vivencial perceptivo) se aboca a una fenomenología retrospectiva regresiva de la propia conciencia, examinando lo colectado, lo sedimentado, el pasado trascendental. Procede con explicación analítica al examen de constituciones, a la reducción de las constituciones primordiales e intersubjetivas, con presencia actual co-funcionante. En cierta manera valoriza constituciones más proclives a la relación con el otro y los otros porque está más atento al modo intersubjetivo, a la vida de mundo (6) que integran el otro y los otros, por lo cual su intencionalidad va por el lado de efectuar síntesis de modos como el compartir, enseñar, socializar, entregarse como ego, abrirse empáticamente en el sentido inter personal propio de la vida plural. Podríamos decir que el yo-observador escruta el pasado constituido como un arqueólogo personal, que mira al inicio y el desarrollo del yo que hay en cada uno en su contexto biográfico. El yo observador en la re-síntesis de la constitución del aparecer del otro-versión-cultural, y en la forma ambigua de intencionarlo (incorporándolo en general más como propio que ajeno) modifica al trinomio en su aspecto de objetividad, pura extendiendo, por así decir, su alcance a lo intersubjetivo, generando una segunda objetividad relativamente menos subjetiva, o algunos dirían una subjetividad completamente objetiva.

Una propiedad notoria del yo-observador es constituir una unidad “producto” resultante de las coherencias internas e intersubjetivas de las constituciones del sujeto que son representadas en la vida natural como el “sentido común” de cada sujeto por el cual cada uno siente que participa de las abstracciones del mundo común, también por el cual cada uno está seguro tener como aval, sus creencias (dígase sus constituciones), y un comportamiento afín a ellas. El yo-observador modula síntesis de experiencias que muestran una nueva modalidad del yo, que definitivamente es estar en-un-universal-en-el-pensar-sin-abandonar-el-ser-mismo-particular, lo que aporta nuevas evidencias y luminosidades respecto a la misma conciencia y también de los elementos en ella constituidos.

Inesperadamente el yo-observador es capaz de expropiar a la estructura primaria del yo de casi todas sus constituciones originales avasallándolo y haciéndolo asumir constituciones instaladas como extrañas y ajenas que se traducen en un sorprendente cambio de actitudes que se vuelven también extrañas y ajenas, incluso modificando en él el sentido común que le era tradicional. Aparece un otro-yo-empírico que se deslumbra, encandila y agita con nuevas constituciones e ideas las que se apoderan del yo-empírico original suplantándolo. En el modo negativo es: la locura, el fanatismo, el

delirio, la embriaguez emocional, el desborde, la multitud. En el modo positivo es el místico, el héroe, el santo.

Pero sin duda el aspecto culminante de las posibilidades del yo-observador es cuando su intencionalidad se vuelca plenamente en un nivel de pensar abstracto-eidético, llevando la reflexión a un nivel propiamente filosófico que surge en cada uno, aquella que aporta información inédita y deslumbrante para sí mismo, en un yo-observador ultra reflexivo que emerge y se sumerge circunstancialmente en el filosofante y en el hombre común, sustraídos del mundo natural por lo ideal y universal.

### **Yo-observador-universal, hombre común y hombre filósofo**

Una etapa más íntima del reflexionar advierte que, ante lo problemático de la continuidad de la constitución de la conciencia abierta al mundo que constituye en una temporalidad sui generis, emerge la presencia circunstancial de una especie de ser-otro-yo-mismo integrado a mí, en realidad como encarnado en mí (ahora no es sólo otro modo de la conciencia trascendental) que oye el llamado del problema. Es una extensión del yo-observador fenomenologizante que una formulación primera lo mostró sólo como vigía perenne de la consistencia-coherencia-integridad de mi ser-conciencia, como ya está dicho. Este otro-yo-observador no tiene figura que lo represente y de hecho no “es” porque, igual que todo lo de la conciencia trascendental no tiene la representación de existente “terminado”, sino el estar en continuo estado de pre-ser o pre-siendo, inexistente real, dejándose ver por sus constituciones eidéticas y luego ocultándose. Él no se deja ver fácilmente en el hombre común. Es otro-yo-mismo que se ilumina e ilumina creativamente como algunas estrellas que se dejan conocer solamente por su influencia gravitacional y magnética.

Me parece percibir que al emerger el otro-yo-mismo-universal, el yo-mismo siempre estrictamente monádico acentúa su apertura para abarcar desde la habitual reflexión natural, el yo-constituyente, el yo-observador neutral, en un esfuerzo reductivo-reflexivo-regresivo y prospectivo.

En la actitud natural del hombre común el otro-yo-mismo está, las más de las veces, oculto, inaparente, porque la conciencia trascendental tiene una peculiar forma de esconder sus estructuras. Este “yo-otro-universal-que hay en cada uno” está ontológicamente vinculado a esencias y universales, lo que lo habilita a la acción teórica tematizante y objetivante; es afectivamente disminuido, es habilitante de una actitud de observación ponderada e imparcial del pensar trascendental y natural con sus habitualidades y constituciones con independencia del yo-constituyente, lo que le otorga un privilegio en relación con la verdad y arrancándose del yo-constituyente y del observador, la dice. Pero quizá el rasgo más fundamental de este yo-otro-universal está en las fuentes de su complejión: ellas son principalmente enaltecer lo constituido en sí, acorde (en forma conciliatoria, pero nunca frontalmente en contra de lo ya propio) con constituciones del otro, los otros, la comunidad cultural, las creencias comunes, etc. En efecto, él recoge los decires de los otros constituidos en lo propio para amalgamarlos o sublimarlos con lo propiamente constituido y así ir generando un patrimonio

conceptual, las convicciones duras, los modos de ser social, los juicios de valor y artístico, también las utopías, el sentido común propio, aquel del cual se habló en los inicios de esta reflexión.

De esta potente estructura que valida el mundo en la forma de mi fenómeno mundo proviene la convicción de que yo estoy en una especie de verdad y los otros, que a veces piensan muy distinto y para mí son algo distantes y extraños, estarían en una especie de error. En mentes normales, pero en forma más rígida en sujetos descarriados y patológicos, no suelen ocurrir porosidades que permitan deconstruir lo que tan laboriosamente, pasiva o activamente, la conciencia trascendental constituyó con coherencia y perfección y que con el tiempo adquieren el atributo de lo propio y pasan a constituir el modo o hábito de la persona, su impronta, su sello, su carácter. Lo que es peor, es que en mentes enfermas la contradicción argumentativa puede provocar un horror vital porque no pueden asistir al desmoronamiento de lo que ha pasado a ser sustancial con la conciencia trascendental: la propia biografía que se ha presentado al mundo, tan querida para cada uno, con lo cual el yo-conciencia se vería arrastrado y humillado. El orgullo desmedido, la desconfianza, la prepotencia y el fanatismo están en la puerta de entrada de la anulación de la co-existencia con el otro, por lo que pensamos que el conócete a ti mismo, como humano y como humanidad en la reflexión profunda, puede ser el inicio de una etapa de autenticidad, humildad y resignación, cambios que pueden estar en la base de la neutralización de los efectos nocivos de la fatalidad humana, que es imperativamente ser iguales y distintos, para bien o para mal. La nueva epojé que incluye la relación del ego individual con el ego social que se inicia en el (*Ego-cogitatio-cogitatum-alter Ego-cogitatio*) deberá ser explorada en reflexiones posteriores.

Esta meditación permite imaginar que cuanto mejor comprendamos la conciencia humana en su amplio sentido que es humanidad, más a la mano estará la genuina comprensión del otro y de lo ajeno y que de todo lo que no comprendamos del origen de nuestras diferencias de visiones del mundo y de lo humano nace una especie de frustración e infelicidad. Contribuir a mejorar esta relación es uno de los propósitos profundos de la filosofía del cual nadie debiera sentirse ajeno.



### Referencias bibliográficas

- 1.- Kant, Immanuel. *Crítica de la Razón Pura*. Losada, 1960, Buenos Aires.
- 2.- Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*. Trotta, 2003, Madrid.
- 3.- Husserl, Edmund. *Meditaciones Cartesianas*. Tecnos (Grupo Anaya S. A.) 2009, Madrid.
- 4.- Fink, Eugen. *Sixth Cartesian Meditation. The Idea of a Transcendental Theory of Method*. Kluwer Academic Publishers B.V. 1988.
- 5.- Hume, David. *Investigación sobre el conocimiento humano*. Alianza Editorial, S. A., 2010, Madrid.
- 6.- Husserl, Edmund. *The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology*. Northwestern University Press, Evanston.1970.